

ZEITSCHRIFT FÜR GEOPOLITIK

Bad Godesberg/Rhein.

A. 14, núm. 11-12, 1966

B. D. L.: *Weltpolitische Umschau* (Horizonte político - mundial), páginas 317-321.

El desplazamiento de la crisis mundial hacia el sureste asiático ha descargado, en cierto sentido, al sector atlántico, sólo que este hecho puede representar, al mismo tiempo, un nuevo peligro, sobre todo en el terreno de carácter económico.

La política de Johnson no renuncia al propósito de imponer el orden americano al sureste asiático. Ello, a pesar de que el aumento de las fuerzas americanas en Vietnam no aporta instrumentos de solución. El problema de Vietnam viene a transformarse en un problema político. Militarmente, los norteamericanos no han conseguido en esta guerra prácticamente nada y no se habla sino de fracasos y del heroísmo del Vietcong.

Aparte del bloque ruso-soviético, aumentan las voces a favor de la suspensión de las acciones estadounidenses en Vietnam. Uno de los primeros que levantara esta voz es el Presidente francés De Gaulle, seguido del Papa Pablo VI, evocando, repetidas veces y en varias ocasiones, la necesidad de establecer el orden y la paz en Vietnam. El Secretario general de la O. N. U., U Thant, también trabaja en este sentido. Entre las condiciones de perma-

necer en su puesto figura la de admitir a la China comunista como miembro de las Naciones Unidas. Así, la administración de Johnson se está dando cuenta de que los Estados Unidos se van quedando solos, aislados, respecto al conflicto surasiático. A ello hay que añadir los problemas raciales dentro del propio país, asimismo los problemas económicos y financieros. El dólar ya no es la moneda de antes...

En Africa la situación es confusa y en el Oriente Medio ocurre algo parecido. Pero lo más grave es la situación hasta crítica en las relaciones entre los países de la Comunidad Económica Europea y Washington. Sobre todo teniendo en cuenta la postura de Gran Bretaña, Francia y la República Federal. La reorganización de la N. A. T. O. o la cuestión de un tratado de no proliferación de armas nucleares son fenómenos que se suman a los problemas anteriores

S. G.

GERMAN FOREIGN POLICY

Berlin (Este)

Vol. 5, núm. 6, 1966

DIETHELM WEIDEMANN: *The Asian and Pacific Council* (A. S. P. A. C.). (El Consejo Asiático y Pacífico (A. S. P. A. C.)), páginas 448-454.

El 16 de junio se estableció en Seul una nueva organización regional, el Consejo Asiático y Pacífico (A. S. P.

A. C.). Su objetivo oficial es el fortalecimiento de la cooperación económica, técnica, social y cultural entre los países asiáticos y pacíficos. Los organizadores sienten la ansiedad de decir que el A. S. P. A. C. no es un grupo político o militar.

Por supuesto, el fortalecimiento de la cooperación regional es un fuerte deseo de los círculos democráticos en los Estados afroasiáticos; ha de ser contemplada en conexión con el carácter y los objetivos de las fuerzas que apoyan semejante cooperación. Bajo estos aspectos, la fundación del A. S. P. A. C. es una empresa dudosa.

Forzados a modificar sus tácticas después de los cambios salidos de la segunda guerra mundial en toda la zona que se extiende a lo largo de los océanos Índico y Pacífico, los Estados imperialistas, en particular los Estados Unidos, fijan las esperanzas en el establecimiento de un pacto regional en el Sudeste Asiático y el Lejano Oriente. Debe constituir un lazo importante en la armazón de la política de la contención por un lado y la base para el colonialismo colectivo por el otro, lo que también incluye el empleo de los pueblos y Estados asiáticos contra el movimiento de liberación nacional. Un anticipo de esta política fue el pacto blanco A. N. Z. U. S., establecido en 1951, que muestra claramente la tendencia anticomunista y antiasiática al mismo tiempo que demuestra las contradicciones imperialistas.

Durante los dos últimos años se ha puesto en evidencia el hecho de que los círculos gobernantes de los Estados Unidos consideran posible el desarrollo de una política exterior «más activa» (es decir, más agresiva). Como en la primera fase de la guerra fría y el «roll-back» tratan de nuevo de llegar a un cambio global en la balanza del poder por la fuerza. El centro de sus actos agresivos está ahora en Asia y África, mientras que la tensión en Europa es aumentada continuamente por el principal aliado de los Estados Unidos, el imperialismo alemán, a tra-

vés de su política revanchista y su insistencia en las armas nucleares.

J. M.

FOREIGN AFFAIRS

Nueva York

Vol. 45, núm. 2, enero 1967

McGEORGE BUNDY: *The End of Either Or*. (El fin de esto o aquello.) Páginas 189-201.

Estamos empeñados en la lucha en el Vietnam; estamos metidos de lleno en una verdadera revolución social en casa; estamos envueltos en forma no decreciente en continentes y países que se niegan todavía a duplicar la presentación más sencilla que nosotros hacemos de todos ellos. Las próximas reacciones de importancia girarán probablemente en torno al Vietnam.

Con todas sus preocupaciones internacionales, el norteamericano sigue siendo un hombre con propósitos privados. Sus esperanzas y temores en cuanto a estos propósitos decidirán todavía la gran mayoría de las elecciones.

Lo que el pueblo norteamericano quiere todavía del mundo es que se le siga concediendo lo que George Washington llamó «la seguridad de su unión y el progreso de su felicidad».

No resulta fácil para nosotros aceptar la complejidad del mundo. La revolución en nuestros asuntos exteriores, que arranca de la caída de Francia, impuso requisitos a los que se hizo frente sólo al precio de una excesiva simplificación.

Por los años cincuenta el equilibrio de la ventaja cambió, volviéndose contra el pensamiento en blanco y negro (de esto o aquello). Ha sido la tragedia de la Administración Eisenhower que el presidente, que comprendía en lo esencial la necesidad de generosidad y acomodación, el estar ser-

vida por un secretario de Estado que combinaba una gran sutileza—incluso tortuosidad—en la técnica con una profunda necesidad interna de una certeza moral arbitraria.

Las naciones, en todos los continentes, en los últimos diez años, han mostrado una tendencia persistente a tener historias propiamente suyas que sólo marginalmente pueden estar relacionadas con las acciones de los Estados Unidos. Sigue siendo la costumbre cómoda de los políticos en cualquier parte excusarse de sus propios fracasos al considerarlos como el producto de la tontería o la maldad de los Estados Unidos, mientras sus éxitos se sostienen por lo general, que les son debidos a ellos exclusivamente.

Hay una gran diferencia entre hacer subir el costo de la agresión y tratar de «ganar» mediante la «derrota» de Hanoi. El intento de alcanzar esa «victoria» sería equivocación terrible por tres razones: 1) llevaría envuelto el gran riesgo de la guerra con China y la Unión Soviética; 2) nos dejaría envueltos en un nuevo y terrible conflicto para el cual no tenemos ni gusto ni necesidad: la contienda por el futuro del Vietnam del Norte; 3) no resolvería el problema del Vietnam del Sur.

La lucha en el Vietnam no es probable que sea corta, aunque la fase de los grandes combates bien pudiera terminar antes del largo y duro trabajo de la pacificación y reconstrucciones reales.

La perspectiva en el Vietnam es, pues, de más lucha y sacrificio.

THOMAS L. HUGHES: *Policy-Making in a World Turned Upside Down* (La tarea de gobierno en un mundo al revés), págs. 202-214.

La tradicional manera profesional de mirar a la política exterior es la de Europa a fines del siglo XIX, que se asentaba en un mundo de Estados soberanos separados verticalmente y presididos por Gobiernos buenos, malos

o indescriptibles, internamente departamentalizados con fines de política y gobierno. Poniendo de revés el mundo tradicional de la política exterior, advertimos que dos fenómenos se han metido hasta el centro mismo de la formación de la política exterior en los años 60. El primero se podría llamar «las dos culturas en los asuntos exteriores» y el segundo, que es de alguna manera complemento del primero, «el encuentro de líneas horizontales y verticales».

Hombres, instituciones y Gobiernos operan según sus propias leyes de la relatividad sobre lo que es importante en el mundo en un momento dado. El mapa del mundo del senador Fulbright es claramente distinto del mapa del ex senador Goldwater, aun cuando las fechas sean las mismas. El mapa del mundo del Pentágono contrasta con el de la Agencia de Ayuda Internacional, y el de la C. I. A. es muy distinto al de la Agencia de Información de los Estados Unidos, el de la N. A. S. A. puede ser distinto del de la Comisión de Energía Atómica, todo ello en términos de activo, vulnerabilidad, compromisos, inversiones pasadas, esperanzas futuras y la significación general de los separados puntos de vista institucionales. Un mapa que da la impresión de estar bien en una parte de Washington parece a menudo estar boca abajo visto en otra parte de la misma capital.

Así, y en cierto sentido, los hechos de la política exterior no son hechos, o si lo son, son algo extraordinariamente resbaladizo y manipulable. Resumiendo esto muy ampliamente: los hechos de la política exterior son eminentemente menos satisfactorios que los hechos de la defensa o los hechos industriales.

Además, los hechos todos de la política exterior son relativos, pero algunos son más relativos que otros. Aquí entran en juego las dos culturas: las culturas a través de las cuales los hechos son filtrados.

A tiempo que las dos culturas (concepto salido del libro «The Two Cultures and the Scientific Revolution»,

de C. P. Snow, con la sociedad occidental dividida en dos grupos polares, los intelectuales literarios a un lado y los científicos físicos al otro) compiten por la atención de los que hacen la política exterior; se ha desarrollado otro fenómeno igualmente dislocador del punto de vista tradicional de esta política exterior: el encuentro de la política vertical y horizontal, con la que resume la explosión política del interés personal en los asuntos exteriores por el que nosotros, los norteamericanos, estamos ahora pasando. El interés del hombre medio en los asuntos exteriores desborda todos los frenos institucionales y amenaza una vez más dejar patas arriba el mundo del viejo profesional de la política exterior.

LUCIAN W. PYE: *China in Context* (China en el contexto), págs. 229-245.

Después de la segunda guerra mundial y el colapso del Japón, los norteamericanos nos vimos confrontados inesperadamente con el fenómeno sorprendente de una China unida, aparentemente fuerte, y aliada a la Unión Soviética, llevándonos hacia la teoría de un bloque comunista ligado para siempre por la ideología. Mientras tanto, por el Asia del Sur la emergencia de las antiguas colonias, dramatizada especialmente en la India, producía la forma estereotipada norteamericana de las sociedades afroasiáticas dedicadas a un desarrollo económico rápido y planificado y al neutralismo en los asuntos de la guerra fría. En la busca de maneras para estabilizar un nuevo balance de poder asiático en torno al esfuerzo dedicado a contener a China y a vitalizar toda una lista de nuevos Estados débiles y desorganizados, los Estados Unidos de nuevo se vieron arrastrados hacia un ser rígido e inflexible. Y como la amenaza china ha parecido ser más real que las perspectivas de una rápida construcción de naciones en el resto de Asia, el elemento dogmático en la po-

sición norteamericana ha tenido que ser más negativo que constructivo.

A medida que hemos continuado respondiendo al cambio errático en Asia, nuestra posición se ha ido haciendo inevitablemente más compleja. Hemos desarrollado a lo largo de los años una variedad de compromisos, un sistema de bases militares para tratar con una variedad de amenazas contingentes y todo un despliegue de técnicas y programas para ayuda de los asiáticos. Estos elementos de una política no han sido aun combinados de una manera ordenada o coherente y en consecuencia sólo brindan las bases para hacer frente de manera pragmática a nuevas crisis. Por lo tanto, parecemos encontrarnos en la situación única en Asia de tener una gran potencia para la acción política, pero con menos coherencia en materia de una política que en cualquier otro tiempo de nuestra historia.

El proceso de cambio en Asia y de la respuesta por parte de los Estados Unidos aun continúa, y ahora la política norteamericana tendrá que responder a un nuevo y complejo juego de cambios. Sin embargo, todavía no hemos llegado a una decisión sobre un nuevo juego de principios que nos guíe en las relaciones con Asia con las características siguientes: primero, una China emergente, pero aislada y enfrascada en los traumas domésticos de la depuración y la sucesión; segundo, una India agriada hacia China, pero ambivalente hacia el comunismo y todavía en la busca vacilante de la clave que resuelva el desarrollo interno y un mayor prestigio internacional; tercero, un Japón vigoroso con mayor potencial de poder e influencia que lo que se está en condiciones de reconocer; cuarto, una Indonesia en bancarrota que se ha retirado del borde del comunismo para caer en la violencia anticomunista. Y, finalmente, por supuesto, ahí está el Vietnam, por no decir nada del viejo problema de Laos y las posibilidades de nuevas crisis en Thailandia.

MARK GAYN: *China Convulsed* (China convulsionada), págs. 246-259.

Esta última batalla de Mao Tse-tung es casi seguro que sea la última. Y probablemente desemboque en su primer derrota grande e irreversible. Maestro en la táctica política, podría destruir a los viejos compañeros que se han vuelto contra él. Pero esto no pondrá a su alcance lo que él se propuso conseguir con su «revolución cultural», pues se trata nada menos que de el rejuvenecimiento de una gran revolución, el renacimiento en edad madura del empuje, la pasión, el desprendimiento y la disciplina que tuvo en su juventud, hace treinta años. Pero el reloj apenas se puede echar atrás y una nación en la era de las bombas nucleares y las computadoras electrónicas no puede comportarse como si ésta fuese todavía la era del mijo y el rifle.

La revolución cultural es Mao puro, con las raíces no en Carlos Marx, sino en la propia experiencia y recuerdos de Mao, en su propia imagen idealizada de lo que la revolución fue en los años de la desolación en los montes de Chingkang, en Kiangsi y, sobre todo, en las cuevas de Yenan.

Pero aun cuando su revolución no tiene las raíces en la cólera popular, ha producido ya cambios radicales. Por encima de todo, ha alterado el equilibrio del poder político que había resistido desde los días en que Mao hizo una entrada triunfal en Pekín, en 1949. Desde aquel día hasta el otoño de 1965, el Partido Comunista tuvo el monopolio del poder político, sin que se permitiese el asomo de contradictores o quizá sin que asomasen siquiera. El partido daba forma a la política y gobernaba.

Esto ya no es igual. Como resultado de la revolución cultural, el partido está dividido y se ha visto sumido en la convulsión de las depuraciones que promete seguir adelante durante mucho tiempo. Su derivación, la Liga de la Juventud Comunista, es inactiva y espera la cirugía de la reorganización.

Más importante aún: el partido se encuentra ante dos grandes rivales, ambos con el apoyo de Mao. Uno es el Ejército, que, bajo el mando del nuevo heredero designado, Lin Piao, es más que nunca un instrumento político. El otro rival es la red de «grupos de la revolución cultural» y los «Guardias rojos». Este Cuerpo es todavía incompleto y sin forma, pero es ya una potencia en el país. Acaso el hecho político más sorprendente de China sea hoy la existencia de tres instrumentos de poder paralelos y a menudo en conflicto, cuyas relaciones todavía no han sido definidas con claridad.

El segundo hecho importante es el viraje rápido a la izquierda dado por Mao. Si a los «Guardias rojos» se les preguntase qué quería decir ésto, explicarían en seguida que significa la destrucción de los «Cuatro viejos» (las viejas ideas, cultura, costumbres y maneras de las «clases explotadoras») y la introducción de los «Cuatro nuevos». Pero, en realidad, el viraje a la izquierda afectará antes o después a todas las fases de la vida nacional, desde la planificación económica y la dirección a la estrategia militar. Es evidente que Pekín no ha pensado todavía en las consecuencias de este movimiento.

Otro gran acontecimiento, que quizá no ha sido apreciado convenientemente por el Occidente, es que China se ha hecho aislacionista.

PHILIP W. BONSAI: *Cuba, Castro and the United States* (Cuba, Castro y los Estados Unidos), págs. 260-276.

El prestigio de Fidel Castro en casa y fuera sigue declinando. En un futuro relativamente cercano, el pueblo cubano puede encontrarse con la necesidad de tener que escoger y los Estados Unidos pueden, una vez más, tener que tratar de la cuestión de las relaciones con Cuba.

Como embajador en Cuba en 1959 y 1960, los dos años primeros del ré-

gimen de Castro, presencié el espectáculo de la instalación en Cuba de una dictadura personal que con el tiempo se hizo de orientación comunista.

El golpe militar de Batista en 1952 y la apatía con que fue recibido por las masas y todo lo demás, salvo unos pocos dirigentes, fue demostración de la bancarrota política que permitió a Castro florecer siete años después.

Aunque los norteamericanos ya no controlaban más que un tercio de la producción de azúcar de Cuba—el tercio más moderno y quizá el más provechoso también—, nuestros intereses azucareros jugaron un gran papel en la variada y muy amplia estrategia destinada a la protección de la cuota norteamericana. Y muchas compañías norteamericanas eran propietarias o controlaban vastas plantaciones de caña de azúcar, a pesar de una cláusula en la Constitución cubana que establecía una política de propiedad separada de los ingenios y las plantaciones.

Además, los intereses norteamericanos dominaban muchas otras actividades, incluidos los teléfonos y las compañías de electricidad, que operaban en una atmósfera de general hostilidad pública. El gran sistema ferroviario que servía la mitad oriental de la isla era también de control norteamericano. El petróleo crudo era importado, refinado y distribuido por tres grandes corporaciones, dos norteamericanas y una angloholandesa. En los campos de la Banca, el comercio, las manufacturas de muchas clases, la minería, las prospecciones y en gran parte los hoteles y el juego, la participación norteamericana era muy importante.

Mientras el Gobierno de Batista concedía, en general, a estos intereses norteamericanos un trato benévolo, y mientras atraía cantidades sustanciales de dinero de inversión privada muy necesitado, se estaba enajenando crecientemente a la opinión pública cubana. Se creía que muchos de sus más altos funcionarios habían caído víctimas de una carrera alocada por el enriquecimiento. Al terrorismo se le hizo

frente con un contraterrorismo oficial salvaje.

A través de todas las vueltas y revueltas de Castro, la única constante de su política ha sido su decisión de librar a Cuba de la influencia de los Estados Unidos (que él calificaba de dominación), incluso al precio eventual de someter a su país a la Unión Soviética. No ha sido la predilección de Castro por el comunismo, sino su odio patológico a la estructura de poder de los Estados Unidos, tal y como él creía que funcionaba en Cuba, junto con su descubrimiento de la impotencia de las supuestamente influyentes clases cubanas, lo que le condujo eventualmente al campo comunista. Sólo desde esa base—pensó él—podría alcanzar la meta de la eliminación de la influencia norteamericana.

MARSHALL I. GOLDMAN: *Economic Revolution in the Soviet Union* (Revolución económica en la Unión Soviética), págs. 319-331.

En las vísperas del cincuenta aniversario de la Revolución comunista, los rusos se han embarcado en otra revolución económica. Con apenas una palabra para la pureza ideológica, el primer ministro, Aleksei Kosygin, ha anunciado que en 1968 las ganancias, ventas y tipo de retorno de la inversión reemplazan las cuotas como la norma principal del éxito para toda empresa soviética. Es más, los directores soviéticos tendrán que pagar interés o amortización por el capital que empleen. Los beneficios serán divididos y compartidos en la forma de beneficios y algunas empresas incluso tendrán que pagar renta. Las reformas económicas tienen una significación sólo comparable, según un economista ruso, A. Birman, a la transición a la N. E. P. (Nueva Política Económica) en 1921 y al lanzamiento de los planes quinquenales en 1929-32. Claramente, lo que los soviets están intentando ahora supone la repudiación de doctrinas antes tenidas por sagradas.

¿Por qué han escogido los rusos este momento para hacer tales cambios estructurales? No se trata de una acción impetuosa. La llamada a la reforma tiene el origen en el profesor Evsei Liberman y fue hecha en septiembre de 1962. A esto siguieron más de tres años de debates activos y unos dos años de experimentación práctica. Durante este período la mayoría de los economistas rusos llegaron al reconocimiento de que existía la necesidad de una revisión a fondo. Se vieron sorprendidos, sin duda, al ver cómo el ritmo del crecimiento económico de su plan septenal, de 1959 a 1965, había caído mucho. La mayoría de los observadores llegaron a la conclusión de que un cambio favorable a largo plazo dependería de la resolución de problemas fundamentales.

Los rusos también descubrieron que la productividad del capital había caído fuertemente. El capital era menos productivo a causa de la ineficiencia de los métodos de operación.

Lo que los rusos necesitaban era un sistema que les ofreciese flexibilidad y crecimiento de generación propia. Sólo con una reforma así podrían pensar en la mejora del ritmo de crecimiento económico, competir con mayor eficacia en los mercados extranjeros, mejorar el abastecimiento de artículos de consumo y reducir el problema de los inventarios. No bastaría con saber cuándo introducir nuevos productos; existía también la necesidad de tener alguna manera de saber cuándo abandonar los antiguos.

Durante algún tiempo, los economistas creyeron que las computaciones electrónicas resolverían todos estos problemas. Pronto, sin embargo, se dieron cuenta, incluso algunos de los especialistas en estas computadoras, que no bastaba con esto. Había, sencillamente, muchos factores desconocidos en todo para llegar a una decisión centralizada.

J. M.

WORLD AFFAIRS

Washington

Vol. 129, núm. 3 octubre,
noviembre, diciembre 1966

DONALD ARMSTRONG: *The Anatomy of Conquest* (La anatomía de la conquista), págs. 146-151.

Pirro del Epiro (319-272 antes de Jesucristo), tenía treinta y ocho años cuando empezó la carrera de conquista con la esperanza de restablecer y ensanchar, a ser posible, el imperio que su primo, Alejandro el Grande, había creado. Su amigo Cineas, el filósofo, intentó persuadirle para que no se lanzase a la agresión, con este diálogo registrado por Plutarco. Habla Cineas:

«Los romanos, Señor, se dice que son grandes guerreros y conquistadores de muchas naciones guerreras; si Dios nos permitiese vencerlos, ¿qué uso haríamos de nuestra victoria?»
«Preguntas—contestó Pirro—lo que es evidente. Con los romanos vencidos no habrá ciudad griega ni bárbara que se nos resista, sino que seremos los amos de toda Italia.» Cineas, al cabo de una pausa: «Y después de haber sometido a Italia, ¿qué haremos a continuación?» Pirro, que aún no había descubierto sus intenciones, dijo: «A continuación, Sicilia tiende los brazos para recibirnos; una isla rica y populosa y fácil de ganar.» «Hablas—dijo Cineas—de lo que es perfectamente probable; pero la posesión de Sicilia ¿pondrá fin a la guerra?» «Que Dios nos conceda la victoria—respondió Pirro—y el éxito en eso y nos valdremos de ello como anticipo de mayores cosas. ¿Quién podría abastecerse de Libia y Cartago, entonces a nuestro alcance? Estas conquistas, una vez perfeccionadas, ¿afirmaría nadie que de los enemigos que ahora pretenden despreciarnos habrá alguno que tenga la osadía de ofrecer nueva resistencia?» «¡Ninguno!—replicó Cineas—

porque entonces será evidente que podremos con tales fuerzas poderosas reconquistar la Macedonia y llegar a la conquista absoluta de Grecia; y cuando todo esté en nuestro poder, ¿qué haremos entonces?» Dijo Pirro, sonriente: «Viviremos con toda tranquilidad, querido amigo, y bebemos todo el día y nos divertiremos con una conversación agradable.» Cuando Cineas hubo conducido a Pirro con sus argumentos a este punto, dijo: «¿Y qué es lo que ahora, señor, nos impide eso si está en nuestra mente el tener alegría y distraernos uno y otro, puesto que tenemos a mano, sin molestia alguna, todas esas cosas necesarias a las cuales, a través de mucha sangre y grandes trabajos y riesgos infinitos y daños hechos a nosotros y a otros, nos proponemos llegar?» Semejante razonamiento dejó considerablemente preocupado a Pirro con el pensamiento de la felicidad que estaba dejando, aunque de ninguna manera alteraba su propósito, por ser incapaz de abandonar las esperanzas que tanto había deseado.»

Pirro murió en la batalla cuando tenía cuarenta y siete años. No conquistó a Cartago ni a Macedonia y sus victorias fueron pírricas y totalmente improductivas. Pero la muerte violenta de los conquistadores jamás logró disuadir a los seguidores posteriores de su profesión.

AARON SCHEINFELD: *Pace and the Poor Nations* (Paz y las naciones pobres), págs. 168-175.

Algunos escritores contemporáneos han creado a menudo la imagen de un hombre de negocios norteamericano por el extranjero avaricioso y rústico. La confusión resultante ha oscurecido el papel positivo que la actividad comercial norteamericana ha jugado en los países emergentes, pues las nuevas naciones dependen de la inversión extranjera no sólo para aumentar el comercio, sino para obtener el capital social indispensable para su

desarrollo industrial. Las corporaciones norteamericanas que operan en el extranjero ofrecen entrenamiento en la dirección y la tecnología, así como facilidades tales como las escuelas, hospitales y carreteras, sin lo cual no sería posible empezar nada.

Los hombres de negocios de los países adelantados han hecho ya mucho por extender el desarrollo industrial y el movimiento de capital y productos hacia las zonas menos desarrolladas; pero todo el que ha viajado no puede dejar de darse cuenta de los defectos del método de «hacer las cosas como siempre».

Los métodos convencionales de la inversión en el extranjero no cubren las necesidades ni de los inversores ni de las naciones en vías de desarrollo por varias razones:

Se basan en las necesidades de los inversores en un país adelantado, no en la economía del país en desarrollo. La propiedad perpetua de los recursos productivos en manos extranjeras es una afrenta para el orgullo nacional. El capital privado invertido independientemente en una nación en vías de desarrollo es un riesgo considerable y las ganancias de un Gobierno contra la expropiación ni evitan la expropiación ni vencen el antagonismo local a la propiedad extranjera. Los negocios privados en otros países se lanzan demasiado a menudo sin consideración para los elementos que faltan en el sector distributivo de la economía. Se necesitan nuevos métodos a causa del crecimiento de la población y hay nuevos problemas económicos que agravan a las naciones en desarrollo se agravan a pesar de nuevas infusiones de ayuda extranjera. La propiedad extranjera o la dominación de la industria en los países en desarrollo es un motivo constante de irritación que conduce al extremismo en la actividad política y es una aportación a la inestabilidad política.

Ha llegado la hora de fomentar una fórmula más dramática de ayuda, así como en el programa de inversión privada que acuse por lo menos el comienzo del desarrollo de una clase

media que vaya saliendo primero del establecimiento de industrias básicas y que siga adelante con la industria pesada y las industrias de consumo en los países en vías de desarrollo.

J. M.

REVUE DE DEFENSE
NATIONALE

París

Vol. 23, núm. 1, enero de 1967

AUBERTI, MICHEL: *Les tendances au «Communisme national»* (Las tendencias al comunismo nacional), páginas 53-67.

El problema fundamental que hoy plantea el movimiento comunista es el de su naturaleza. Lo que había creado Stalin a continuación de Lenin: el bloque monolítico expansionista que pesaba hasta 1959 sobre el mundo no comunista se rompe. El discurso pronunciado el 7 de mayo de 1966 por el secretario general del partido comunista rumano, Ceausescu, constituyó la primera manifestación del «Comunismo nacional». Ceausescu dijo: «No hay comunismo nacional y comunismo internacional; el comunismo es a la vez nacional e internacional.» Pero poner sobre el mismo plan el comunismo nacional y el internacional significa en el contexto rumano actual poner el acento sobre lo «nacional» y definir sin equívocos el comunismo rumano como un «comunismo nacional». Es un hecho completamente nuevo, puesto que hasta el presente los dirigentes comunistas no recurrían a la expresión «nacional» más que para condenarla, o considerar que carecía de sentido. Incluso el titismo no se había definido jamás como un comunismo nacional.

Entre los dos términos que hasta el presente definían el movimiento comunista, es decir, monolitismo y ex-

pansionismo, el primero pierde progresivamente su significado. En cuanto a la expansión, se va diversificando, y a veces marcha a un ritmo más lento. Por ejemplo, ¿el comunismo rumano es aún expansionista? En todo caso, cuando subsiste la tendencia a la expansión, sus fuerzas son tan diversas como el izquierdismo chino en Asia o el reformismo italiano en Europa. Pero si la unidad se agrieta, el cisma no ha sido proclamado, y si la expansión se atenúa o hasta desaparece, los verdaderos compromisos en Asia y Europa no son aceptados. Esta situación ambigua es la que hace necesario un análisis de la naturaleza actual del movimiento comunista, cuyo problema tiene dos clases de elementos. El primero es el desfallecimiento ideológico con la aparición del comunismo nacional, y el segundo es la relativa permanencia del hecho comunista bajo los fenómenos nacionales.

En realidad el comunismo nacional aparece como una fórmula inestable y contradictoria; pues si necesita un cierto policentrismo éste tiene que ser producto de la elaboración colectiva de una doctrina común que tenga en cuenta las diversidades nacionales. El abandono del sistema centralizado supone la evolución hacia el pluralismo, puesto que es imposible la vuelta al monolitismo staliniano.

RONDOT, PIERRE: *Le raid de Samou et le conflict arabo-israelien*. (El raid de Samu y el conflicto árabo-israelí.) Páginas 68-78.

La incursión israelí realizada el 13 de noviembre sobre Samu fue la acción militar más importante emprendida sobre los confines palestineses desde la campaña del Sinaí en 1956. El análisis de aquella breve acción y de sus inmediatas consecuencias no menos violentas, aclara varios aspectos de la evolución política general en Oriente Medio.

Durante el tiempo de las conferencias cumbres de los jefes de Estado árabes, desde el comienzo de 1964, el

conflicto árabo-israeliano permaneció en un punto muerto. En realidad cuando el presidente de la R. A. U., Gamal Abdel Nasser, convocó la primera cumbre, se proponía refrenar las impacencias guerreras de Siria, que estaba exasperada por los proyectos israelíes de captación de aguas del Jordán. Las conferencias cumbres reforzaron teóricamente el sistema defensivo común de los Estados árabes fronterizos con Israel, pero a la vez señalaron una prudente contemporización en vista de que los medios bélicos disponibles eran insuficientes. Al mismo tiempo, dentro de Israel, el gobierno de Levi Eshkol parecía menos nervioso que el de su antecesor Ben Gurión. También la presencia en el Mediterráneo de la Sexta Flota norteamericana, como factor de advertencia, hacía impensables unas verdaderas hostilidades prolongadas, y los observadores de la O. N. U. cumplían con celo su misión sobre las líneas de demarcación. Pero durante el año 1966 el abandono de la fórmula de las cumbres árabes, la llegada al poder en Siria de un equipo gubernamental más radical, y el desarrollo de las guerrillas del O. L. P. (Organización de Liberación Palestinesa) se han manifestado como nuevos factores de inquietud. Los gobernantes de Israel consideran a Siria como el principal foco de acción de las guerrillas; pero como entre Siria y la R. A. U. se firmó un acuerdo mutuo de defensa, Israel tuvo que derivar su actividad contra Jordania. La agresión militar israelí del 18 de noviembre tuvo el objetivo propagandístico de hacer ver que «Israel estaba resuelto a obligar a todo país árabe a asumir la plena responsabilidad de las acciones realizadas por los palestineses instalados sobre su territorio» (según declaró Levi Eshkol). En realidad Israel no quería poner en peligro la existencia del régimen del Rey Hussein de Jordania, cuya existencia es para Israel preferible al nacionalismo árabe, que ve en Hussein un elemento dudoso.

Pero el raid sobre Samu comprometió gravemente el prestigio del ejército jordano, que es el principal sostén del

trono. Y el soberano lo utilizó en reprimir los graves tumultos que se produjeron en el lado Oeste del reino, donde los palestineses se manifestaron pidiendo armas, reclamando represalias contra Israel, vilipendiando al gobierno y la monarquía. La condena unánime de Israel por el Consejo de Seguridad de la U. N. O. aportó un alivio precioso, aunque tardío. Pero en los ambientes de la Liga Árabe y de la O. L. P. se ha descrito al rey Hussein como un «agent de l'impérialisme». De todos modos, si la Jordania hachemita desapareciese sería un caos; pero los sucesos posteriores al raid de Samu han demostrado a qué condiciones tan difíciles está ligado el equilibrio de aquella región oriental.

LABROUSSE, H.: *Entre Suez et Singapour*. (Entre Suez y Singapur), páginas 79-87.

El Océano Indico y los países que le bordean no conocerán en los años próximos los beneficios de la coexistencia pacífica, como el Atlántico y el Mediterráneo. En el Océano Indico se multiplican los puntos de tensión. Están la guerra del Yemen, la tensión de Aden, las manifestaciones de Yibuti, la rivalidad entre Etiopía y Somalia, los pleitos internos de Indonesia, el conflicto entre la India y Pakistán y la guerra del Vietnam, creando alrededor del referido océano focos de fiebre, situaciones inestables y motivos de inquietud. El desarrollo de la potencia nuclear china, reforzando la presión política que Pekín ejerce en el Sudeste asiático y hasta el Africa Oriental, no calmará la agitación ni los riesgos de perpetuos conflictos.

La evacuación británica de la base de Aden señalará un punto crucial esencial cuando los británicos concentren todas sus posibilidades militares en torno al golfo Pérsico, que se convertirá en una reserva anglo-americana. En aquel perímetro se encuentra el 65 por 100 de las reservas petrolíferas mundiales. Defender estas re-

servas y las refinerías próximas es para Londres un principio vital absoluto, puesto que Gran Bretaña obtiene el 33 por 100 de una producción evaluada en 362 millones de toneladas. En cuanto a Estados Unidos, controlan el 55 por 100. La preservación del golfo Pérsico ante las ingerencias rusas y chinas es un elemento capital en la estrategia anglosajona del Océano Indico.

En cuanto a la cuestión de los puntos de apoyo navales, los anglo-americanos están decepcionados ante los malos resultados que da el tener bases militares en medio de masas de poblaciones numerosas y hostiles. Por eso británicos y estadounidenses se repliegan sobre las islas desiertas del Indico. «No people no problems.» Los submarinos atómicos y los bombarderos nucleares, así como sus aprovisionamientos y sus medios de conservación y reparación no estarán jamás tan al abrigo de la subversión y los acontecimientos imprevistos como en los atollos de arrecifes aislados, dispersos entre Africa Oriental y el continente indio. Concentrar en este Océano medios nucleares y formaciones defensivas de intervención clásica, así como ofrecer a los países del sur asiático y el este africano una cortina de protección y ligarlos por pactos militares o por tratados de vasallaje, serán objetos esenciales de la nueva política anglosajona del Indico, aunque aún no se hayan determinado los repartos de las cargas y las posibilidades.

R. G. B.

Año 23, febrero 1967

ROBERT GUILLAIN: *Chine d'aujourd'hui et Chine de demain* (China de hoy y China de mañana), págs. 192-203.

La comparación de la antigua China con la de hoy es elemento importante para valorar el éxito o el fracaso del régimen actual. Antiguamente, una multitud de hombres se negaba a todo cambio, constituyendo un

enorme freno a cualquier progreso. Pero esa multitud se podría en el centro del mundo. En la actualidad, se impone que los cambios materiales son grandísimos. Con un capital reducido y un utillaje todavía pobre, China ha realizado extraordinarios progresos y el nuevo régimen le ha aportado paz, unidad y método.

No por ello China ha superado todos los obstáculos en el plano económico. La antigua China subsiste en parte junto a la nueva China (chamizos junto a ciudades jardín, por ejemplo). Asimismo, coexisten el sector industrial modernizado y el sector tradicional de la artesanía, lo cual constituye una «doble estructura». También se observa la penuria de los medios de transporte junto a la bomba atómica.

Los progresos económicos no han sido paulatinos. Después del primer plan de 1953, China había arrancado bien, pero en 1958 empezaron las peripecias del «gran salto hacia adelante». La industria se sumió en una crisis que ha durado cuatro años. Desde 1963, se ha reanudado una marcha más lenta, pero ordenada, si bien se acusa la falta de la asistencia soviética. Cabe decir que el balance del progreso industrial es muy favorable, aunque China esté todavía a la zaga del Japón.

En el ámbito agrícola, los progresos son también notables. Las colectividades agrarias han sustituido a las fracasadas «comunidades» y se observa una elevación del nivel de vida de los campesinos. La investigación y la movilidad ocupan ahora el lugar del tradicional inmovilismo en todos los aspectos. La familia, en cuanto unidad agrícola, cede el paso al equipo o a las brigadas que pueden emprender grandes obras de mejora agrícola.

Pero el meollo de todos los problemas chinos es el crecimiento demográfico calculado en una Francia cada cuatro años, lo cual neutraliza todo progreso económico. Ello explica la política china, verdadera carrera entre la producción de bienes y la multiplicación de los hombres, que sólo puede ganarse con una disciplina férrea, la

cual exige que exista una unidad de pensamiento que anule el individualismo y convierta al Estado en todopoderoso, dispensador de la norma «correcta». Los chinos aceptan con buen ánimo este comunismo que sólo puede ser un comunismo de austeridad y de sacrificio. Mao es una especie de cirujano que opera con tres factores excepcionales: la vocación de revolucionario empedernido, el todopoder político y la enorme masa dócil que se somete a la experiencia. La tendencia a la experiencia explica la marcha irregular del régimen. La revolución cultural pretende crear un hombre nuevo en una China nueva, modelo de un mundo que es preciso rehacer.

China apunta al mañana como una nación que tendrá un trato difícil. Pero revolucionaria o no, China será el país de los mil millones de seres humanos. Para China, frenar una demografía enloquecida es vital. De ahí que adopte medidas al respecto, sin llegar al control de la natalidad. Con todo, esa riada humana seguirá siendo un problema para los dirigentes chinos. ¿Se limitará esa masa humana a llenar el espacio chino? ¿Se extenderá por otros territorios? La Historia lo dirá. Los motivos de optimismo se equilibran con los motivos de pesimismo, entre los cuales que dentro de quince años China ocupará un sitio en el peligroso sistema del equilibrio del terror.

Pero, aun pacífica, la entrada de China en la escena mundial alterará muchas posiciones económicas. Cierto es que el gigantismo chino nos asusta por vivir en un mundo de pequeñas unidades nacionales.

Ante los aspectos inquietantes de la China de hoy, que recuerdan un reciente pasado que hizo temblar al mundo, no procede denunciar el «peligro amarillo». Tal vez sirviera a crearlo. Hay que negarse a creer que un mundo unido requiere previamente un nuevo y supremo holocausto, si bien ese mundo donde durante mucho tiempo el hombre blanco detentó recursos,

fuerza y saber, habrá de compartirlo con el hombre de Asia.

P. DUTARNE: *Cuba, et Fidel Castro* (Cuba y Fidel Castro), págs. 210-222.

La situación geográfica de Cuba la convierte en posición estratégica de primer orden con relación a Centroamérica. De ahí el interés manifestado por los Estados Unidos desde 1896, cuando declaró la guerra a España y le sucedió en la isla, imponiéndose ahí por su potencia económica. Pero los sucesivos cambios políticos, los abusos y las confusiones originaron la revolución fidelista, desencadenada por los abusos de la dictadura de Batista.

La personalidad de ese hijo de español está fuera de serie. Tiene una virtud rara en Cuba: su desinterés por el dinero, si bien es grande su ambición de poder y se estima llamado a dar nueva vida no sólo a Cuba, sino a Hispanoamérica.

Ahora bien, ¿cómo explicar que partiendo de un propósito de independencia nacional Fidel Castro haya puesto a Cuba en manos de Moscú? Los recelos de las clases poseyentes ante las transformaciones que se suceden desde 1959 y la política de Washington como reacción a las medidas de Fidel Castro explican esa paradoja. En busca de abastecimientos y de créditos, Castro recurrió a Moscú, deseoso de inquietar a Washington. El acercamiento es insincero por ambas partes y la convicción política desempeñó un papel mínimo en la decisión de Cuba.

Después de siete años de régimen fidelista, la situación económica sigue siendo difícil, pero cabe esperar que mejore cuando surtan efecto las medidas tendentes a una organización racional del país. Es vano esperar un derrocamiento del régimen con el bloque económico. También hay que descartar la eventualidad de un levantamiento antifidelista. El único peligro

puede venir del exterior y, actualmente, el ejército cubano representa una fuerza estimable. De hecho, el único adversario temible para Cuba son los Estados Unidos, a su vez inquietos ante Cuba. De ser un éxito «la experiencia cubana», sería un precedente que podrían imitar los demás países hispanoamericanos. La Conferencia de los Tres Continentes de enero de 1966 creó la «Organización Latino-americana de Solidaridad (O. L. A. S.), con sede en La Habana. Permite a Fidel Castro coordinar los movimientos subversivos al Sur del Río Grande, donde las condiciones sociales, económicas y políticas se le aparecen fatalmente condenadas a breve plazo y destinadas a provocar la instauración de nuevos regímenes. Sólo la revolución puede transformar las condiciones de vida de la masa hispanoamericana y poner término al protectorado disfrazado de los Estados Unidos. Mas para liberar a Hispanoamérica del «yugo imperialista», Cuba debe dar ejemplo. De ahí el esfuerzo que lleva a cabo, la reforma agraria, la organización de la producción agrícola, etc.

En el orden internacional, Cuba corre el riesgo de que un acuerdo entre Washington y Moscú la prive del apoyo soviético; pero la pugna chino-soviética favorece ese apoyo. En cuanto a la demora para dotar a Cuba de una Constitución, débese acaso al deseo de Fidel Castro de redactarla en términos que sean válidos para todos los países hispanoamericanos.

Pese a ser un país pequeño y escasamente poblado, por su posición estratégica y la personalidad de quien lo dirige, la experiencia iniciada en Cuba tiene singular importancia para todo el Continente americano. De ahí que deba seguirse de cerca la evolución de la situación cubana.

MAXIME MOURIN: *La Roumanie vers sa libéralisation* (Rumania hacia su liberalización), págs. 253-267.

Las principales etapas de la evolución de Rumania desde finales de la primera guerra mundial son la derrota de los imperios centrales en 1918, que permitió la realización del viejo sueño de ampliación del territorio nacional y la creación de «la gran Rumania». Hacia los años treinta, importantes problemas económicos provocaron reacciones en cadena en el plano político, y, en marzo de 1939, Rumania no se estimó con fuerzas para rechazar el ultimátum del III Reich, su principal cliente, que le imponía un draconiano tratado de comercio. Después del pacto germano-ruso, se inicia el rápido proceso de desmantelamiento de la gran Rumania. Con la entrada en guerra de este país en 1941 junto a Alemania, empieza la tragedia que culminará en la Conferencia de Teherán que dejó libertad de acción a Stalin en los Balcanes. La ocupación de Rumania por el Ejército rojo dio lugar a la creación de «formaciones patrióticas y democráticas» que, con el apoyo soviético, se adueñaron del país e instauraron «democráticamente» en 1946 un régimen comunista, previa la abdicación del rey Miguel. El Tratado de paz de 10 de febrero de 1947 entregó económicamente Rumania a la U. R. S. S. Bajo la dirección de Gheorghiu-Dej, el país se puso al paso marcado por Stalin. Aun después de muerto éste, Rumania parece ser el satélite de confianza, hasta que en 1962 el país y sus dirigentes tomaron conciencia del potencial económico de Rumania y sacaron las consecuencias prácticas del hecho. En la reunión del COMECON de julio de 1963, se confirmó la firme resistencia rumana, ya manifestada en 1962, en cuanto a la puesta en aplicación de los planes de desarrollo trazados por la U. R. S. S.

Así se inició la marcha hacia el «comunismo nacional», cuya consecuencia fue, merced a la gran habilidad de

Gheorghiu-Dej, que Rumania pudiera tener un pie en el campo oriental y otro en el campo occidental, aparte de mantener contactos con Pekín, pese a la disputa chino-soviética.

De la emancipación, Rumania ha ido pasando a la liberalización que se inició en 1965, volviéndose a admitir, singularmente, el concepto histórico de nación, lo cual ha proporcionado a los dirigentes rumanos comunistas un amplio apoyo popular, sobre todo después de la muerte de Dej que, pese a esforzarse por devolver a Rumania el pleno goce de su soberanía nacional frente a la U. R. S. S., no dejó de imponer en lo interno una dura disciplina comunista.

Año 23, marzo 1967

JEAN TEILLAC: *Austérité en Algérie* (Austeridad en Argelia), págs. 406-420.

Según sus dirigentes, Argelia se encamina hacia una austeridad que no descuida ninguno de los aspectos de la vida pública.

Austeridad para el manejo de los fondos públicos, pues el impuesto y la ayuda exterior no permiten que el Estado viva. Se precisan anticipos del Instituto de Emisión, lo cual crea una situación peligrosa. Por otra parte, el Estado no tiene ya el recurso de las nacionalizaciones ventajosas. La austeridad implica además una mayor modestia en los objetivos y los medios de la diplomacia, aconsejada por supuesto por la balkanización de Africa y las dificultades intermagrebíes, así como por la lección de la ruptura de relaciones con Bonn y Londres en razón del problema israelí y rhodesiano, ejemplo que ha tenido pocos imitadores. Sin embargo, no se prevén cambios en las relaciones con Washington. En términos generales, cabe hablar del éxito de la política exterior argelina que le permite, aun permaneciendo fiel a sus principios, mantener rela-

ciones satisfactorias con Moscú, Pekín, Washington, Belgrado y Francia, entre otros.

La austeridad perseguida en los intercambios se impone como consecuencia del estancamiento del comercio exterior y de la ayuda extranjera. La balanza comercial, aparentemente equilibrada, tiene un déficit de mil millones de dinares, déficit enjugado con los giros de los emigrantes, el turismo y los donativos extranjeros. Pero existe una delicada situación. Argelia necesita en gran parte los productos agrícolas para alimentar a su población. Por otra parte, Francia no es ya la salida natural de determinados productos argelinos, que han de buscar mercados, singularmente para los vinos. Finalmente, la ayuda francesa a Argelia tiene un claro ritmo decreciente: 1.050 millones, en 1963; 615, en 1966. Otro tanto cabe decir de la cooperación técnica y cultural, aunque en este aspecto la aportación francesa siga siendo decisiva para la marcha del país. En la enseñanza, por ejemplo, el efectivo de «cooperantes» ha descendido de 8.000 en 1962-63 a 3000, actualmente. De la ayuda de otros países, hay que decir que es más importante en las estadísticas que en la realidad, si bien el país que se muestra más generoso sea Estados Unidos. Por ello, Argelia es sensata al contar primero consigo misma para su desarrollo.

El balance sumamente desfavorable de cuatro años de autogestión pone de manifiesto una confusión y un déficit creciente en ese sector esencial para la economía argelina. A ello se agrega la competencia de los restantes países mediterráneos. Las ventajas que Francia consiente a Argelia en materia de agrios y hortalizas están supeditadas a eventuales modificaciones del mercado europeo, singularmente si España ingresara en el Mercado Común. Es decir, que también la autogestión ha de someterse a la austeridad.

Ante tal situación, ¿cabe dar un pronóstico reservado? No. El déficit presupuestario no significa que las finanzas públicas estén en peligro. El

estancamiento de la ayuda exterior es lógico después de cinco años de independencia. Además, Argelia ha empleado esa ayuda mejor que otros países recién independizados. La reconsideración de la autogestión no es un grave problema, siempre que el Estado sepa mostrar su autoridad.

FRANÇOIS JOYAUX: *A propos d'un article de Lin Biao* (A propósito de un artículo de Lin Piao), págs. 445-453.

En el pasado septiembre, tres diarios de Pekín publicaron un largo artículo titulado «Viva la victoriosa guerra del pueblo». La personalidad de su autor, Lin Piao (Biao, según la transcripción oficial de Pekín) confiere singular importancia a ese artículo que, se supone, recoge la tendencia doctrinal del equipo dirigente chino y define la «ortodoxia» del comunismo. Además, expone explícitamente el carácter universal que se pretende dar al pensamiento de Mao Tse-tung (Mao Zedog, según la transcripción oficial), aunque sus obras fueran escritas en un contexto muy determinado: la lucha contra el Japón y la instauración del marxismo en China. Actualmente, los objetivos del Partido Comunista chino han cambiado de escala: hay que ayudar a los pueblos oprimidos a liberarse del imperialismo. La obra de Mao Tse-tung da las soluciones científicas para resolver ese problema de «liberación» a escala mundial. Para ello, basta con transformar en principios de política exterior los principios que sólo se enunciaron en el marco de la política interior.

La sociedad ideal, libre del azote de la guerra, sólo cabe que exista entre regímenes marxistas-leninistas auténticos, o sea, de tipo chino, ya que el capitalismo y el imperialismo se caracterizan por su ansia de dominación. Para lograr la paz perpetua, hay que

suprimir el capitalismo y sus raíces nacionales y sociales.

Hoy en día el máximo objetivo revolucionario es suprimir el imperialismo norteamericano que capitanea el imperialismo mundial. Desde que el revisionismo soviético le hace el juego al imperialismo norteamericano, hay que combatirlo con idéntico ardor. Es decir, que la ortodoxia doctrinal de la China Popular la convierte en «leader» del marxismo-leninismo y la lleva a perseguir dos objetivos esenciales:

1.º Lucha contra el imperialismo norteamericano.

2.º Lucha contra el revisionismo moderno.

¿Cuáles son los medios para lograrlos? El esquema de la revolución mundial se encuentra en la resistencia China al Japón y en su «liberación». Cuatro elementos pueden caracterizar la situación de China en los años treinta y cuarenta. En primer término, la contradicción «principal», o sea, la que oponía el imperialismo japonés al pueblo chino (Mao distingue entre contradicciones principales y secundarias). Las restantes contradicciones eran todas secundarias, por ejemplo, la contradicción entre el Partido Comunista chino y el Partido Nacionalista. El tercer componente, la concentración del esfuerzo militar japonés en objetivos limitados (las ciudades y las vías de comunicación) dejaban prácticamente sin control el campo, es decir, el 90 por 100 de la población china. Finalmente, al Japón, altamente industrializado y técnicamente desarrollado, China no podía oponer una fuerza semejante.

De estos cuatro elementos característicos de la guerra chino-japonesa, Mao Tse-tung dedujo los cuatro principios esenciales de su teoría revolucionaria: 1.º La lucha contra el Japón fue el objetivo prioritario e hizo que se dejaran de lado los restantes (singularmente la reforma agraria); 2.º La contradicción entre el Partido Comunista chino y los partidos burgueses

se estimó secundaria, pudiéndose crear así el Frente Unido Antijaponés; 3.º El establecimiento de las bases chinas en el campo; 4.º Sólo la guerra popular tal como la concebía Mao permitía hacer frente a la superioridad militar y técnica del Japón.

Partiendo de estos principios y hechas las transposiciones pertinentes, el esquema es aplicable a la situación internacional de la actualidad.

La antigua contradicción principal (imperialismo japonés-pueblo chino) se sustituye con el imperialismo norteamericano y los pueblos oprimidos. En este nuevo contexto, las restantes contradicciones son secundarias, en particular la contradicción entre regímenes marxistas-leninistas y regímenes que no lo son en el Tercer Mundo. Por tanto, las relaciones de Pekín con los diversos países de Asia, de Africa y de Hispanoamérica se asemejan a las existentes en tiempo entre el Partido Comunista chino y los partidos nacionalistas.

No más que el imperialismo japonés, a pesar de sus grandes medios, el imperialismo norteamericano no puede controlar la totalidad del mundo. Limita sus esfuerzos a puntos determinados (las nuevas «ciudades» y las vías de comunicación esenciales). no puede imponerse en los vastos espacios del Tercer Mundo (el nuevo «campo»), donde vive el 90 por 100 de la población mundial. Es decir, que modificando la escala, ambos contextos y todos los componentes son idénticos. De ahí que las viejas soluciones sean aplicables a la situación actual, lo que evidencia el carácter universal del marxismo-leninismo, es decir, del pensamiento de Mao que permite definir la política revolucionaria mundial de la China Popular.

Dado que la contradicción que opone el imperialismo, singularmente el norteamericano, a los pueblos oprimidos es «principal», ha de darse prioridad a la lucha contra los Estados Unidos. Las demás contradicciones sólo son «secundarias» y abogan en favor de un

partido unido de todas las fuerzas progresistas y revolucionarias, semejante al Frente Unido Antijaponés. La implantación del imperialismo en determinadas áreas (Europa occidental, Israel, Japón, etc.) impone que se establezcan bases de la revolución mundial en el nuevo «campo», donde es considerable el potencial humano. Así se podrá cercar y asediar a los países sometidos al imperialismo, o nuevas «ciudades», y cortar más fácilmente las vías de comunicación.

Finalmente, dice Lin Piao, la potencia militar de los Estados Unidos es aún mayor que la del Japón, pero en el plano estratégico no hay que hacerle caso («el tigre de papel»), aunque sea tomada en cuenta al máximo en el plano táctico. De ahí la eficacia de la guerra popular definida por Mao, punto de vista diametralmente opuesto a' sustentado por el revisionismo soviético, el cual estima que sólo el armamento nuclear puede vencer al imperialismo norteamericano. Para Lin Piao, lo mismo que para Mao Tse-tung, únicamente la guerra revolucionaria del pueblo es invencible, por ser sólo ella justa, ya que el «belicismo» del marxismo-leninismo chino es en último término una lucha por la paz.

C. M. E.

HILIPPE MARCHAT: *L'Éthiopie millénaire à la veille du référendum* (Etiopía milenaria en la víspera del referéndum), págs. 476-493.

El referéndum del que se trata es el que se hizo posteriormente en Yibuti, y por el cual la mayoría de los votos fueron favorables a que la anterior «costa francesa de los somalíes» siga vinculada a Francia como territorio de Ultramar. Etiopía tiene por Yibuti su principal salida al mar. Adis Abeba es, por otra parte (desde 1959), la sede de la Compañía del ferrocarril de Yibuti, que antes fue sólo francesa y ahora es franco-abisinia.

En cuanto al Yibuti naval, sus instalaciones hacen de él un competidor de Aden, al menos por la infraestructura comercial y de abastecimiento a los buques. Así, el desarrollo de Etiopía depende de contar con que Yibuti esté siempre disponible y accesible. Porque en el Tratado del 12 de noviembre de 1959 Francia reconoció a Etiopía la utilización del puerto sin restricción alguna, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra.

Pero ya es sabido que en Yibuti viven juntos (aunque no conviven) dos elementos raciales diferentes y hostiles; es decir, los afars, de vinculación etíope, y los issas, de origen somalí. Los affars son hoy elementos casi mayoritarios, pero los issas se encuentran en aumento constante y tienen un carácter más violento, contando con el apoyo del Gobierno de la Somalia independiente. Por los affars Yibuti sigue vinculado a Francia; pero la presión de los issa aumenta cada vez más.

El 11 de octubre de 1966, en una entrevista concedida a un enviado del parisiense «Le Monde» por el emperador etíope Haile Selassie, éste aceptó el principio de un referéndum para Yibuti, pero dijo que si los habitantes de Yibuti escogían la independencia entonces «la cuestión de su asociación con Etiopía se planteará forzosamente». Y en caso de que se marchasen las tropas francesas, «los etíopes serían los primeros que llegasen allí con sus tropas»... Sólo el estatuto renovado de Yibuti (que por cierto fue aprobado en el referéndum posterior de marzo de este 1967) puede evitar poner en conflicto el pleito de las fronteras en el Africa del ángulo Este.

R. G. B.

ORIENT

París

Vol. X, núm. 39-3.º, 1966

FERNAU, F. W.: *Les partis politiques de la Deuxième République turque.* (Los partidos políticos de la Segunda República turca), págs. 35-59.

Han transcurrido más de dos decenas desde que la República turca emprendió la vía de una democracia con partidos múltiples. Hasta el fin de la segunda guerra mundial, el Partido Republicano del Pueblo, fundado por Kemal Atatürk, era el partido único. En enero de 1946 surgió el primer núcleo de oposición con el Partido Demócrata, que había sido creado por cuatro ex diputados del Pueblo. El Partido de la Nación y el Partido de la Libertad, fundados hacia 1950-1965, desarrollaron unos papeles insignificantes, y la democracia turca tomó así un carácter esencialmente «bipolar» alrededor de dos organizaciones partidistas predominantes.

Las decisiones de mayo de 1960 dieron el triunfo al Partido Demócrata, que se mantuvo en el poder durante diez años; pero de tal modo aumentaron las tensiones internas de lo político y social que se llegó a la revolución militar del 27 de mayo de 1960. El Partido Demócrata fue prohibido y se pusieron restricciones a los otros partidos, hasta que se aprobó la nueva Constitución de mayo de 1961, y en las elecciones de octubre del mismo año junto al viejo partido republicano aparecieron el de la Justicia, el de los campesinos y el de la Nueva Turquía. En las segundas elecciones de octubre de 1965 los partidos se habían elevado a seis, pero volvió a imponerse la tendencia a la concentración sobre dos grandes formaciones: es decir, el del Pueblo (siempre dirigido por el veterano Ismet İnönü) y el de la Justicia, que ahora ocupa el poder bajo la presidencia de Süleiman Demirel.

Los turcos se preguntan hoy si la revolución militar debe ser considerada como origen de un renacimiento creador, o solamente puede ser definida como un intermedio lamentable. También se discute la exactitud de la denominación «Segunda República». Muchos la rechazan argumentando que la república actual sigue siendo la de Atatürk. Nadie puede negar tal afirmación, pero por otra parte la expresión de «Segunda República» no rompe la continuidad del Estado kemalista; del mismo modo que la sucesión de las diversas repúblicas francesas no excluye la continuidad de Francia republicana. Un nuevo régimen constitucional nació de la revolución militar de mayo de 1960. El régimen instaurado después en virtud de la Constitución de 1961 difiere radicalmente del que prevalecía hasta 1960 (diferencia en la letra y, sobre todo, en el espíritu). Parece perfectamente justificado cerrar la primera república con la caída de los demócratas en 1960 y hacer comenzar la segunda república con la promulgación de la Constitución de 1961.

El artículo 56 de esa Constitución proclama que «los partidos son elementos indispensables de la vida política, sea en el poder o en la oposición». La creación de partidos es libre, y no hace falta pedir ninguna autorización; pero es necesario respetar algunos principios previos por lo cual el régimen turco puede ser definido como una «democracia orientada». En cuanto al reparto de las actas en el Parlamento, éste se hace sumando los votos de toda la nación (no los de las circunscripciones), con lo cual los partidos pequeños obtienen un número mayor de actas que en la Cámara actual llegan a 75, pero sólo hubieran sido doce si no se hubiesen contado los votos en minoría de las circunscripciones sueltas. En resumen, de lo que se trata es de facilitar un constante juego de báscula entre el Gobierno y la oposición, dentro de un común kemalismo ideológico.

R. G. B.

INTERNATIONAL AFFAIRS

Londres

Vol. 43, núm. 1, enero 1967

MALCOLM KERR: *Coming to Terms with Nasser*. (Ponerse de acuerdo con Nasser), págs. 65-84.

Se ha hecho general la crítica de que los Estados Unidos «no tienen una política del Oriente Medio». Si bien ha habido algunos fallos notables en su dirección, el más amplio problema ha surgido, sin embargo, de la obligación inevitable de una superpotencia a responder de una manera equilibrada y a veces equívoca, a una gran variedad de cuestiones y llamamientos, que ponen en juego una diversidad de intereses norteamericanos tangibles e intangibles que pueden conducir en direcciones en conflicto. Están en la necesidad de evitar ganancias soviéticas estratégicas o políticas en el Oriente Medio, pues si no lo hacen nadie podría hacerlo.

Desde la guerra los problemas del Oriente Medio a que han de hacer frente los Estados Unidos han sido característicamente aquellos que de una manera más directa afectan a los intereses materiales que no le pertenecen. De tiempo en tiempo se han encontrado ejerciendo una influencia más o menos decisiva sobre el futuro de los derechos de tratados y concesiones petrolíferas ingleses, la preparación militar árabe e israelí, la egipcianización de la compañía del canal anglofrancesa, la composición de los Gobiernos libanés, jordano e iraní y las fortunas económicas de media docena de países.

De una manera general, los intereses británicos son comunes a los de los Estados Unidos, pero han incorporado posiciones más fijas y las alternativas británicas en su defensa han sido más circunscritas.

En los años siguientes a 1958 el Oriente Medio ha sido escenario de conflictos que bien hubieran podido

convertirse en grandes amenazas para la paz del mundo. No fue así. El deseo de los Estados Unidos de mantener buenas relaciones con Nasser se transmitió de la manera más concreta por medio de una ayuda económica en gran escala, en su mayor parte en granos y otros víveres, pagados por el Gobierno egipcio en moneda que en gran parte no se podía gastar.

Si bien la ayuda era sin condiciones explícitas, tenía el contrapeso de ciertas suposiciones y no sería exageración si se describiesen las relaciones posteriores a 1959 como de negociación en busca de un acuerdo.

El gran irritante en las relaciones tanto norteamericanas como británicas con Egipto surgió del golpe de Estado yemení en septiembre de 1962. En el proceso de deterioro de las relaciones no parece que ninguna de las acciones de Egipto fuese de por sí de la clase que hiciese necesaria la precipitación en Washington de una revisión angustiosa. Acumuladas, sin embargo, han producido esa impresión.

PETER CALVERT: *The «Typical Latin-American Revolution»*. (La «típica revolución latinoamericana»), páginas 85-95.

La «revolución típica latinoamericana» es sencillamente un acto precedido por una secuencia de desafección que resulta en la impuesta transferencia del poder de una persona o grupo a otro.

Hay otra consideración. Como es bien sabido, esas transferencias son muy frecuentes. A lo largo de los veinte años entre 1944 y 1963 hubo 128 en el mundo, pero de ellas 60 se dieron en la América Latina, con un promedio bastante representativo de tres por año.

La razón más sencilla de la frecuencia de esos sucesos en la América Latina es que bajo la influencia del precedente de los Estados Unidos y la inclinación de los «precursores», todos

los Estados latinoamericanos adoptaron o bien una casa imperial o el sistema presidencial. Es decir, las funciones ejecutivas vitales han sido confiadas a un hombre y éste sigue siendo el caso hasta este día en todas las repúblicas, salvo en los períodos de gobierno conciliar en el Uruguay.

Una segunda razón está en la posición peculiar de los militares. De nuevo las causas son conocidas. Para empezar, tienen muy poco más que hacer. La geografía de la América Latina, con sus altas montañas y (hasta hace poco) sus charcas cargadas de fiebre, era una disuasión eficaz contra las guerras interamericanas, salvo las resultantes de disputas fronterizas. Además, las distinciones sociales y de clase tendían a mantener al militar alejado de los gobernantes, puesto que el militar solía salir en gran parte del campesinado indio y mestizo, y las condiciones económicas le mantenían alejado del campesino, puesto que su condición era mejor. Una masonería tradicional consistía en que el general que intentaba llegar al poder y fracasaba podía irse al exilio, generalmente a través de la Embajada de otro país latinoamericano. Por encima de todo, el militar cubrió el vacío de la legitimidad dejado por la eliminación de la Corona española y en el turbulento siglo XIX emergió en muchos de los Estados no simplemente como la principal institución continua, sino la única institución de esa clase.

La «revolución típica latinoamericana» tiende, por lo tanto, a ser un asunto militar—aunque los civiles no han sido desconocidos—y ha seguido las mismas reglas. En términos generales, el ejército ha de ser neutral o favorable al cambio si los intentos revolucionarios han de tener éxito. Esto se refleja en dos tipos principales de esos, conocidos tradicionalmente como el «cuartelazo» y el «golpe».

J. M.

THE WORLD TODAY

Londres

Vol. 23, núm. 2, febrero 1967

FRITZ RENÉ ALLEMAN: *The Changing Scene in Germany*. (El cambiante escenario alemán), págs. 49-62.

El cambio de Gobierno que convirtió a Kurt Georg Kiesinger en el tercer Canciller de la República Federal de Alemania ha sido, en cierto sentido, la primer crisis gubernamental que se produjo desde el renacimiento del Estado democrático alemán hace más de diecisiete años. Acusa el final de un sistema político, no el final de la democracia, ciertamente. Ahora nada parece ser igual que antes. Lo que ha sucedido se parece a una revolución, pacífica, sin duda, pero revolución así y todo: no sólo un cambio de Gobierno, sino un cambio de escenario también.

En muchos aspectos, la era de Erhard había producido una larga lista de desilusiones. Y a veces, por desgracia, sucedían cosas que no tenían nada de normal. La escisión entre Francia y los Estados Unidos—los dos aliados más íntimos de la Alemania Occidental—colocaron a la diplomacia germana en una situación peligrosa que sólo se podría resolver con una combinación de tacto infinito, recursos y energía. La busca de un «modus vivendi» con la Europa oriental comunista en que se habían embarcado Erhard y su ministro de Asuntos Exteriores, Gerhard Schroeder, requería resolución y fuerza combinadas con una elasticidad de que no podía disponer un Gobierno en vacilación constante entre objetivos que se excluían mutuamente.

La propia Unión Democrática Cristiana, una extraña mezcla de divergentes intereses sociales y tendencias políticas, había llegado a estar profundamente dividida después de haber estado unida por la autoridad del doctor Adenauer, entre dos grandes sec-

tores, el de los «gaullistas» y el de los «atlánticos», uno inclinado a seguir los pasos del presidente de Francia, otro a acercarse más y más al gran aliado norteamericano.

Al cabo de unas negociaciones difíciles se formó la Gran Coalición, sobre la que es difícil llegar todavía a una apreciación, pero que ha tenido buenos comienzos. En todas las declaraciones hechas en Bonn alienta el espíritu nuevo de un recio realismo, la buena predisposición para explorar nuevas sendas que estaban bloqueadas hasta hace poco por la insistencia en fórmulas rígidas pero anticuadas. Así, se han dado los primeros pasos para re-vitalizar el Tratado Franco-Germano y se esperan nuevas propuestas para romper con las tensiones y rivalidades europeas; al exponer claramente no sólo que el Acuerdo de Munich de 1938 ya no es válido sino que se negoció bajo la presión alemana armada, Bonn ha ido hasta donde ha podido para hacer frente a los requisitos básicos de Checoslovaquia.

ERIC ROULEAU: *Crisis in Jordan*. (Crisis en Jordania), págs. 62-70.

Tanto la Prensa como los círculos diplomáticos se vieron sorprendidos por el ataque de Israel a Jordania del 13 de noviembre de 1966, porque Jordania estaba considerada como un país moderado en lo relativo a la cuestión israelí. Siria, en cambio, desde el golpe del 23 de febrero de 1966, no había cesado de reclamar una «guerra popular para liberar a la Palestina ocupada».

Mientras el rey Hussein estaba libre de toda sospecha, Siria continuaba siendo la parte culpable de las infiltraciones de la organización clandestina «El Fatah» en territorio de Israel. Una de las cosas que han salido a la luz con ese ataque es, sin embargo, el inmenso abismo que separa a una porción considerable de la población de Palestina de la dinastía Hachemita.

Para los palestinos—vale la pena recordarlo—los ingleses han sido los arquitectos principales de la tragedia nacional que ha persistido a lo largo de medio siglo. Desde el comienzo de la primera guerra mundial habían puesto, como la mayoría de los árabes, sus esperanzas todas en las actividades liberadoras de los Aliados.

Con el tiempo los hachemitas, que habían dirigido la famosa «rebelión árabe» durante la primera mitad de la primera guerra mundial, habían llegado a ser considerados como pertenecientes al campo enemigo. El emir Abdullah, a quien Churchill y Lawrence concedieron el territorio de Transjordania como quien regala un principado a un cortesano leal, se apresuró a reconocer la legalidad del mandato británico sobre Palestina y, de manera indirecta, la Declaración de Balfour, chocando así con los sentimientos de los nacionalistas de Palestina. En los días de los sangrientos choques entre judíos y árabes de 1936, el abuelo del actual rey Hussein observó una neutralidad estricta.

En el período que precedió a la proclamación del Estado de Israel, su actitud no fue menos equívoca. En público, expresaba solidaridad con otros miembros de la Liga Árabe, pero en privado aprobó la resolución de las Naciones Unidas de noviembre de 1947, para partir Palestina en dos Estados, uno judío y otro árabe.

El rey Abdullah había de pagar su «confabulación» con los sionistas y su aliado inglés. Al subir al trono, el emir Hussein no tardó en darse cuenta que había recibido una herencia envenenada. Los dos tercios de sus súbditos, de origen palestino, política y socialmente más evolucionados que las tribus beduinas del viejo emirato transjordano, estaban predestinados a mantener la agitación revolucionaria y a poner constantemente a prueba la legitimidad de su Gobierno. Durante los catorce años de su reinado, Hussein ha escapado a docenas de complots y numerosos intentos de asesinato, por no decir nada de los alzamientos po-

pulares que han llegado casi a echar abajo su trono.

Vol. 23, núm. 3, marzo 1967

GEOFFREY WARNER: *France, Britain, and the EEC* (Francia, Inglaterra y la C. E. E.), págs. 115-122.

La reacción oficial francesa al actual intento británico por descubrir la posibilidad de entrar en el Mercado Común puede ser examinada en tres niveles claramente distintos. El primero es técnico: ¿Está Inglaterra dispuesta a aceptar el Tratado de Roma tal y como se encuentra? El segundo es político y se relaciona con el punto de vista británico sobre el papel que Europa debería jugar en los asuntos mundiales. El tercero es también político y, si bien no ha sido jamás mencionado por los gaullistas, por razones evidentes, podría acabar siendo el más importante de todos. Se relaciona con el alterado equilibrio del poder que inevitablemente resultaría de la entrada de Inglaterra en el Mercado Común. Pero acaso no se llegue a este sensible tercer nivel si los problemas planteados en los dos anteriores no son resueltos satisfactoriamente y, a pesar de la insistencia de Mr. Wilson en haber convencido a los franceses de la sinceridad británica, quedan todavía muchas dudas sobre el particular.

El ministro de Asuntos Exteriores francés, Couve de Murville, declaró el 7 de enero, en una entrevista por la radio, que «el problema de la entrada de Inglaterra (en el Mercado Común) es un vasto problema político que plantea en su totalidad la cuestión de cual puede ser la orientación política de una Europa que se trata de unir...». A la negativa británica de pensar siquiera en cambios en la posición de la libra se ha podido añadir la negativa de abandonar su «relación especial» con los Estados Unidos.

Se ha de reconocer que el Gobierno inglés no ha desplegado una gran habilidad en el manejo de esta delicada

cuestión hasta el momento. En la Cámara de los Comunes, en el debate sobre Europa del 16 de noviembre, el ministro de Asuntos Exteriores dijo: «Algunas veces se sugiere que si Inglaterra ha de unirse a la Comunidad Económica Europea tendremos que cambiar nuestras relaciones con los Estados Unidos, particularmente en defensa y abandonar el papel que hemos jugado en el mundo exterior. A esto, el Gobierno está resueltamente opuesto... Creemos que al igual que la defensa de Europa requiere el compromiso de los Estados Unidos, así el establecimiento de la paz en un mundo más ancho lleva envueltos lazos íntimos entre Europa y los Estados Unidos.» Los funcionarios británicos se apresuraron a suavizar las observaciones de Mr. Brown al decir que la situación bien podría cambiar una vez que Inglaterra hubiese entrado en la C. E. E., pero él mismo no hizo tentativa alguna por modificar su declaración en el Consejo de la O. T. A. N. del siguiente mes de diciembre.

R. A. HIBERT: *The Mongolian People's Republic in the 1960s*. (La República Popular de Mongolia en los años 60), págs. 122-130.

La República Popular de Mongolia, creada en 1921, ha entrado de lleno en la comunidad de naciones hace sólo una docena de años. Acontecimientos de la posguerra para ella de profunda significación han sido la creación de la República Popular China (1949) y la muerte de Stalin (1953).

Durante los años 60 la posición internacional de la R. P. M. se ha visto considerablemente fortalecida. La Unión Soviética le ha prestado estímulo y ayuda. El paso más importantes se dio en 1961 con la admisión de la R. P. M. en las Naciones Unidas. La importancia de esto no está en que Mongolia vote invariablemente con la U. R. S. S., sino en el hecho de ser sólo en las Naciones Unidas donde la R. P. M. puede mantenerse completa-

mente leal a la Unión Soviética y al mismo tiempo completamente en contacto también con el resto del mundo. Un país colocado por la geografía en una posición remota y difícil acoge favorablemente, por supuesto, semejante combinación de beneficios.

La R. P. M. recibe ayuda técnica de algunas organizaciones especializadas de las Naciones Unidas (O. M. S. y U. N. E. S. C. O.), en su gran mayoría hasta ahora de las cuentas en rublos de estas agencias y en la forma de especialistas soviéticos y de la Europa oriental. Pero ocho jóvenes mongoles estudiaron en la Universidad de Leeds, inglesa, en 1964-65, con becas de la U. N. E. S. C. O., y otros dos, más avanzados, entre ellos el jefe del departamento de inglés de la Universidad del Estado, estudian actualmente en Leeds, también con becas superiores de la U. N. E. S. C. O.

Solo dos países no comunistas mantienen misiones diplomáticas en Ulan Bator, Inglaterra y Francia. La primera desde 1964 y la segunda desde 1966. Sus relaciones con la República Popular China son tema especial y un tanto delicado. Se han ido deteriorando a medida que se han profundizado las diferencias chinosoviéticas.

En política interna, la atención principal de la R. P. M. se ha dedicado al desarrollo económico, con un ambicioso plan quinquenal iniciado en 1961, el tercero, el período de la colocación de los cimientos materiales para el régimen socialista y la creación de una nueva población industrial en Darkhan, a mitad de camino entre Ulan Bator y la frontera soviética, donde hay unos 10.000 rusos en una población total de 30.000.

La mayor dificultad de la R. P. M. es la poca población de un país gigantesco en el que todo se ha de hacer en escala pequeña a causa de la escasa densidad de la población, 1.100.000 habitantes, de los cuales sólo la mitad, hombres y mujeres, son de edad adecuada para trabajar.

J. M.

COMMONWEALTH JOURNAL

Londres

Vol. X, núm. 1, febrero 1967

A. H. M. KIRK-GREENE: *Nigeria can survive and still be one country* (Nigeria puede sobrevivir y ser todavía un solo país), págs. 3-10 y 49-50.

Nigeria, con 55 millones de habitantes, tiene aproximadamente la misma población que el Reino Unido. En superficie es cuatro veces mayor, o sea como la Gran Bretaña, Francia y Bélgica juntas. A pesar de todos los intentos por unir en un todo hilos separados las fuerzas que tiran de ellos parecen haber triunfado por ahora.

La cuestión está en hasta dónde los elementos de la diversidad y por lo tanto del separatismo en potencia pueden ser achacados a la historia y cultura de las partes que componen la Federación de Nigeria. La conclusión de muchos observadores sobre las rivalidades y sospechas de las dos grandes tribus, Hausa e Ibo, como la raíz del mal, es cruda y aterradora. Como se ha dicho, «ahora en Nigeria existe la impresión general de que los Ibo de la región oriental y los Hausa de la región del norte ya no pueden vivir amistosamente lado a lado». Esta apreciación cuenta con el asentimiento del jefe militar que me dijo, recientemente: «Jamás los soldados Ibo podrán vivir en el mismo cuartel que sus camaradas de armas del Norte.» Es, ciertamente, la total falta de confianza entre los nigerianos en su capacidad para vivir todos juntos lo que ha proyectado sombras ominosas sobre las negociaciones constitucionales de Lagos.

Hay un proverbio Hausa que dice: «El fuego no es para colocarlo junto al algodón», y de esto es mucho lo que se habla por las tierras de los Hausa. Del coronel Ojukwo, gobernador militar de la región oriental, se dice que ha declarado solamente: «Ca-

da día más que vivo lo considero como un regalo.»

Aunque los eruditos pueden identificar más de 400 grupos étnicos dentro de las fronteras de Nigeria y varios cientos de idiomas, por amor a lo práctico y para nuestros propios fines podremos considerar a Nigeria como consistente de tres grandes grupos étnicos: Hausa y Fulani, que yo cuento como uno, por el Norte, Yoruba por el Oeste e Ibo por el Este.

Otro elemento de diversidad es la religión, con el 70 por 100 de la población de la región Norte convertida al islam, que entró por allí hace unos mil años. En los montes y selvas de la Shatterzone, Norte de Nigeria, siguen floreciendo otras religiones. Un 25 por 100 de la población norteña es animista. El otro 5 por 100 es cristiano. En el Oeste, la población se divide casi en partes iguales entre el Islam y el cristianismo, mientras que en el Este la proporción es: cristianos en un 90 por 100 y animistas en un 10 por 100.

DEREK LOVEJOY: *Islamabad New Capital City of Pakistan* (Islamabad, la nueva capital del Pakistán), páginas 27-31.

Una comisión presidida por el mariscal Ayub Jan investigó varios lugares con miras a la construcción de una nueva capital y eligió una zona situada entre la actual ciudad de Rawalpindi y los montes de Margalla, al pie de la cordillera Himalaya. Ofrece considerables ventajas: unos 500 metros de altitud, con un clima más igual y suave que el de Karachi y agua en abundancia, si bien hacen falta embalses para garantizar el abastecimiento de la capital. Se halla cerca de las históricas rutas comerciales procedentes de Asia central para la comunicación con las ricas tierras de Cachemira y el Oriente. Está en una de las principales rutas de aproximación al valle de Cachemira, que ha sido cerrada a causa de la disputa aun

sin resolver entre la India y el Pakistán sobre esta región.

La Autoridad para el Desarrollo de la capital fue creada en 1949, una de cuyas decisiones fue designar a Doxiadis Associates, de Grecia, para la preparación del plan general de la ciudad, que contiene muchos elementos de la teoría actual sobre planificación. Las principales rutas establecen su macroforma. Rawalpindi, a quince kilómetros al sur, servirá como ciudad regional. Por el norte se extenderá hasta tres veces más su tamaño actual. El parque nacional está al sudeste de Islamabad y Rawalpindi.

El plan ha culminado en una compleja organización jerárquica de acuerdo con la función de cada parte en relación con el todo. Las rutas están clasificadas por la naturaleza del tráfico. Las pistas de Islamabad y Murre tienen ambas 400 metros de ancho y con el tiempo contarán con seis o más calzadas en cada una de las dos direcciones. Se ha pensado en que Islamabad llegará a ser una ciudad motorizada y las rutas están diseñadas para marchar por ellas a velocidades de 150 kilómetros por hora.

La planificación de las casas hace hincapié en la organización jerarquizada. Cada sector tiene cinco categorías de comunidades, desde la vivienda individual, a renta muy baja, y cada comunidad cuenta con una escala proporcionada de servicios y facilidades, según la clase. El lugar de residencia está fijado por el salario y a medida que los empleados van subiendo en la escala económica se irán trasladando de clase dentro de la comunidad. Esto puede parecer totalitario, pero es congruente con el fondo social y religioso del país.

J. M.

ORIENTE MODERNO

Roma

Vol. XLVII, núm. 1, enero 1967

VINCENZO STRIKA: *La comunidad islámica della Yugoslavia* (La comunidad islámica de Yugoslavia), páginas 1-46.

En el panorama internacional de lo político, lo étnico, lo social y lo cultural del conjunto de los países de Europa balcánica, la existencia del núcleo islámico yugoslavo ha venido siendo uno de los factores más curiosos y menos conocidos. Esto se refiere a las regiones de Bosnia-Herzegovina, Serbia, Macedonia y Montenegro. La primera guerra mundial dejó todos esos sectores incluidos dentro de la nación de Yugoslavia, y la segunda guerra mundial hizo que las regiones situadas entre Bosnia y Croacia fuesen puntos iniciales de la acción guerrillera que llegó a dar origen a la República del mariscal Tito. Esta República ha tenido dos períodos, antes y después de 1948. El primero, señaló una rigidez que pudo ser definida como staliniana, y que señaló la repulsión a admitir la realidad de minorías étnico-políticas que tuviesen fundamento religioso. Pero en el segundo período se fue llegando gradualmente a una comprensión en que el Estado sigue siendo marxista, pero respecto a los grupos minoritarios se ha proclamado «la distensión y el recíproco serenamamiento».

Después de la ruptura entre Belgrado y la Cominform en 1948, el primer acto de coordinación entre el Estado yugoslavo y el núcleo político del Islam comunal, fue la circular que el 20 de abril de 1949 difundió el Supremo Consejo Musulmán aconsejando la colaboración con el Gobierno para realizar el cooperativismo y el plan quinquenal. Por su parte, el Gobierno

dio el 19 de mayo de 1951 un decreto concediendo derechos sociales al clero islámico, y una ley el 27 de mayo de 1953 garantizando las actividades de las comunidades religiosas respecto al culto, la enseñanza, la fundación de nuevos grupos comunales, etc. El 15 de diciembre de 1958 un acuerdo del Gobierno con los musulmanes extendía los derechos sociales; y el 15 de abril de 1960 otro acuerdo que entre otras concesiones tenía la de equiparar títulos entre las escuelas islámicas y las escuelas estatales. En la nueva Constitución yugoslava del 7 de abril de 1963 se garantizaba la actuación de las minorías religioso-comunales (aunque separadas del Estado). La «comunidad social» puede ayudar a la comunidad religiosa, y ésta puede poseer bienes inmuebles.

Según datos del 1961, los musulmanes venían a ser aproximadamente 2.071.000 en un total de 18.549.000 habitantes. Etnicamente 973.000 musulmanes de origen eslavo, 915.000 de origen albanés y 183.000 de origen turco. Los sectores de mayores concentraciones eran los de Bosnia y Servia. Respecto a todos ellos sigue existiendo una distensión tolerante entre el Gobierno y los grupos comunales. Uno de los factores que más han contribuido a ella ha sido la política internacional de aproximación entre el régimen de Tito y el de varios Estados islámicos neutralistas, tales como la R. A. U., Siria, Iraq, Marruecos, etc. Sin embargo, el porvenir es confuso, puesto que los musulmanes han perdido la autonomía del estatuto personal y dependen de la administración del Estado.

R. G. B.

REVISTA DI STUDI POLITICI
INTERNAZIONALI

Florenzia

Vol. XXXIII, núm. 4, noviembre-
diciembre 1966

SCHWEIZER, J.: «*Terzo mondo*» nella politica estera elvetica (El «Tercer Mundo» en la política exterior suiza), págs. 489-504.

La evolución de las relaciones de colaboración económica y técnica de Suiza con los países subdesarrollados, puede resumirse en una fórmula elemental: es un paso gradual desde una acción estrictamente económica y privada, hasta una acción influida de manera creciente por motivos y posiciones políticas internacionales. En síntesis, la evolución ha pasado por tres fases. La primera fue anterior a 1949 y se caracterizaba porque oficialmente el interés hacia los países del tercer mundo quedaba reservado a los filántropos y los hombres de negocios, mientras que cualquier actuación del Gobierno de Berna se hubiese considerado como un abandono de la tradicional «neutralidad pasiva» que es el eje tradicional de la política exterior suiza. En la segunda fase comenzó a afirmarse la convicción de que el campo fecundo con los países «no comprometidos» que están en vías de desarrollo es el único medio de que la política clásica se transforme de «pasiva» en «activa». La tercera fase se ha desarrollado desde 1956 (después del paréntesis de Suez), con la demostración práctica de que un pequeño país europeo neutro y sin un pasado colonialista sea también uno de los más ricos en posibilidades financieras, industriales y de técnicas agrícolas. En este tercer período, las iniciativas de cooperación entre Suiza y los países del «Tercer Mundo» se han desarrollado sobre planos bilaterales (más que multilaterales).

Actualmente la posición suiza respecto a los países del «Tercer Mundo» puede caracterizarse por varios puntos esenciales. Sobre el plano político general perdura una gran prudencia entre cuyos motivos figura la misma estructura neutralista, que si por una parte trata de irradiar para conquistar la confianza de los Estados no-aliados, también limita el número de las iniciativas, por preocupaciones en poner de relieve el desinterés y la imparcialidad. En el plano internacional, Suiza continúa prefiriendo las adhesiones a los organismos mundiales que operan respecto a los países subdesarrollados. Así, aunque Suiza no forma parte de la O. N. U. ni del F. M. I., participa en el fondo especial de asistencia técnica y forma parte del Consejo permanente para el comercio y el desarrollo. Pero en lo económico la cuota representada por las aportaciones privadas suizas a los países subdesarrollados es de un 90 por 100, lo cual representa una de las proporciones más elevadas.

Respecto a la O. N. U., comienza a pensarse que el hecho de que Suiza no sea país miembro puede representar una ventaja más que un inconveniente. Si una adhesión política a la Organización de las Naciones Unidas no aumentaría en nada la eficacia de la Confederación Helvética como instrumento al servicio de la independencia del país, su mantenimiento fuera de la O. N. U. puede hacer que Suiza sea un factor de apelación para eventuales funciones de mediación y conciliación. Por su alejamiento de los bloques, y la confianza que inspira su falta de antecedentes polémicos, la neutralidad suiza acrecienta su valor, sobre todo para los países que consolidan sus desarrollos y sus independencias.

ROSSI, GIANLUIGI: *Ceylón dopo l'indipendenza* (Ceilán después de la independencia), págs. 580-614.

El estudio de la evolución política reciente en Ceilán presenta un gran interés, respecto a la vastísima región

mundial que constituye el Asia meridional. El interés consiste, sobre todo, en lo original de la evolución; puesto que en Ceilán las estructuras nacionales de la independencia son una readaptación de las anteriores instituciones heredadas de la potencia colonial, y en otro tiempo incluso «impuestas» por ella. Esta consolidación no ha sido casual ni caprichosa, sino que ha atravesado por un movido período de crisis en el cual todo el sistema parecía que iba a quedar sumerbido. Ceilán es, por tanto, un ejemplo único de evolución racional y realismo político a través de tres fases sucesivas, desde 1947, y las tres de una duración aproximadamente igual.

Primera fase. Entre la independencia obtenida en 1947 y la sacudida de las elecciones de 1956, las instituciones parlamentarias se pusieron en marcha y funcionaron bajo la dirección de una élite restringida de personas muy britanizadas. Fue cuando gobernaron Stephen Senanayake (muerto en 1952), Dudley Senanayake (1953) y sir John Kotelawala (de 1953 a 1956). Todos con el partido U. N. P. (United National Party).

Después del 1956 se asistió a un potente despertar del sentimiento nacionalista y a una participación directa de las masas en la vida política; pero, al mismo tiempo, fueron deteriorándose las instituciones estatales y los principios en que se basaban. Fue cuando gobernó Solomon Bandaranaike, guiando la coalición «Mahayana Eksath Peramuna» (M. E. P.) o «Frente Unido del Pueblo». Al morir Bandaranaike, asesinado por un monje budista en septiembre de 1959, le sucedió en la jefatura del Gobierno su esposa, Sirimavo Bandaranaike, hasta marzo de 1965. Teniendo como instrumento principal al «Sri Lanka Freedom Party» S. L. F. P. (Partido de la Libertad), que Solomon Bandaranaike hubo fundado en 1951.

Las referidas elecciones de marzo de 1965 pusieron otra vez en el primer lugar al partido U. N. P. de Dudley Senanayake; pero sólo como cabecera de una coalición más ajustada en la

cual entran varios grupos nacionalistas moderados y los portavoces de la gran minoría de los tamiles. El Gobierno Senanayake ha introducido un sistema de equilibrio entre los grupos raciales y comunales, dentro de un federalismo parcial y de un apoyo a la recuperación económico-social que en Ceilán es, sobre todo, agrícola.

Las elecciones de 1965 abrieron una nueva era, porque no fueron la simple victoria de unos partidos sobre otros, sino la ocasión de formar un armazón social entero de dirigentes de una clase media apoyada en las tradiciones locales y culturales de una isla que ocupa sobre las costas del Océano Indico una posición central de irradiaciones múltiples entre los pueblos ex-colonizados.

R. G. B.

INTERNATIONAL AFFAIRS

Moscú

Núm. 1, enero 1967

S. ZAVOLZHSKY. L. LUKIN: *Bourgeois Criticism of Socialist Economic Cooperation* (Crítica burguesa de la cooperación económica socialista), páginas 8-13.

La economía del sistema socialista mundial ha ganado fuerza de año en año. Entre 1961 y 1965 los miembros del Consejo de Ayuda Económica Mutua (C. A. E. M.) aumentaron el rendimiento en un 43 por 100 (en comparación con un 31 por 100 en los países del Mercado Común).

Entre los objetivos principales de los ataques de la crítica burguesa están los principios que fundamentan la cooperación económica entre los países socialistas y la división internacional del trabajo. Los ideólogos reaccionarios intentan probar que la cooperación entre países socialistas se ha desarrollado a lo largo de las mis-

mas líneas que la integración imperialista.

Los críticos reaccionarios atacan también los esfuerzos del C. E. A. M. (generalmente conocido como Comecon), por extender la división de trabajo socialista internacional, particularmente en la coordinación de planes económicos nacionales, en la especialización y combinación de la producción, que es uno de los medios más importantes de aumentar la productividad del trabajo, acelerar el crecimiento económico y acercar conjuntamente los niveles de las economías socialistas.

Hay buenos motivos para que los defensores del sistema capitalista hayan sido tan asiduos en el intento de denigrar la primera organización internacional de cooperación económica entre los países socialistas y para demostrar que es «ineficaz» mediante la más cruda distorsión de la realidad.

El hecho es que las constantemente crecientes actividades del Consejo de Ayuda Económica Mutua y la mejoría de la división internacional socialista del trabajo, el crecimiento de la influencia ejercida por los éxitos económicos de los países socialistas en los pueblos, notablemente en la elección de los jóvenes países independientes de la senda para su desarrollo, han alarmado seriamente a los ideólogos y políticos del viejo mundo. No pueden dejar de ver que el capitalismo se encuentra en el lado que está perdiendo en la competencia económica entre los dos sistemas mundiales.

D. YERMOLENKO: *Sociology and International Relations*. (La sociología y las relaciones internacionales), páginas 14-19.

Las relaciones internacionales se han convertido en una de las esferas más importantes de la investigación sociológica y hay buenas razones para ello. Las relaciones internacionales han venido jugando un papel más importante cada vez en la esfera de intercambio humano. Un cambio radical ha

sido producido por el progreso científico y técnico, el creciente papel de las masas, el impacto de las revoluciones sociales, la emergencia y el desarrollo de los países socialistas, la desintegración del sistema colonial e imperialista, la lucha de la ideología y la cultura y otros factores.

Por otra parte, el empeoramiento de la situación internacional debido a los actos agresivos del imperialismo norteamericano, la escalación de la agresión de los Estados Unidos en el Vietnam y los obstáculos que el imperialismo coloca en el camino de la seguridad europea, recalca la necesidad de medidas urgentes y decididas para salvaguardar a los pueblos contra la agresión imperialista y para resolver vitales problemas internacionales.

En estas condiciones, el análisis sociológico de las relaciones internacionales se convierte en una necesidad apremiante. La sociología de las relaciones internacionales los considera como procesos sociales, estudia sus leyes generales y los sistemas sociales, instituciones, clases, grupos sociales y personalidades que en ellos toman parte.

La situación internacional actual es motivo de una legítima preocupación. La actividad de las fuerzas imperialistas enfrenta a la humanidad con un grave peligro. En estas condiciones, algunas gentes dicen que el mundo ha estado durante siglos presa de contradicciones y que en la gran mayoría de los casos desembocan en guerras sangrientas; insisten que el futuro de la humanidad no será diferente: que inevitablemente se verá lanzado a otra guerra.

La Academia noruega de Ciencias ha calculado que desde el año 3600 antes de Jesucristo hasta hoy la humanidad ha conocido sólo 292 años de paz. En ese período hubo 14.531 guerras grandes y pequeñas que, con las consiguientes hambres y epidemias, se llevaron un total de 3.600 millones de vidas. Los valores materiales destruidos en estas guerras serían el equivalente de un aro de oro que diese la

vuelta al mundo con una anchura de 156 metros y 10 metros de grueso.

En las condiciones modernas, la posibilidad técnica de destruir seres humanos ha entrado en una nueva etapa cualitativa.

K. BRUTENTS: *African Revolution: Gains and Problems*. (Revolución africana: ganancias y problemas), páginas 20-28.

En el continente africano está en desarrollo una lucha intensa entre las fuerzas de liberación nacional y social y las del imperialismo. Hasta ahora los pueblos han logrado grandes éxitos. Los pueblos africanos han empezado el avance hacia la liberación económica y el progreso social.

A pesar de todos sus esfuerzos, los imperialistas no han conseguido cambiar la dirección del desarrollo de Argelia.

El centro principal del colonialismo tradicional está en Africa. Debiera advertirse que once países y territorios, con unos tres millones de kilómetros cuadrados y más de 15 millones de habitantes—el 14 por 100 de la superficie y el 6 por 100 de la población de Africa—están todavía bajo directo dominio colonial. Además, 20 millones de africanos están todavía oprimidos por regímenes racistas.

Aboul El Fadl, de «Al Talia», cita cifras que revelan que el intercambio no equivalente se deja sentir en forma muy aguda en los países africanos con sus economías de una cosecha. El café sube al 60 por 100 de las exportaciones de la Costa del Marfil, el algodón al 54 por 100 de las exportaciones del Sudán. Entre 1950 y 1960 los precios mundiales del café, el cacao y los cacahuetes cayeron en un 30 por 100, mientras que los precios de los artículos industriales subieron en un 24 por 100. Desde entonces, el proceso ha continuado. En 1954 un «jeep» valía 14 sacos de café, hoy es el equivalente de 39 sacos.

Al mismo tiempo, vastas cantidades de dinero se van sacando de estos paí-

ses en la forma de beneficios del capital de inversión, intereses sobre empréstitos y otros pagos. Ciertamente, las inversiones de capital de los imperialistas en Africa, que en 1963 eran en total 20.000 millones de dólares, en ese mismo año produjeron beneficios de 2.000 millones de dólares.

Esto ha producido una nueva forma de dependencia del imperialismo. Los imperialistas han tratado de acelerar la formación de una burguesía africana. Con ese fin han venido estableciendo en los países africanos toda clase de agencias comerciales y sucursales mixtas en las que se invita a las gentes ricas a que tengan participación en ellas.

Muchos grupos burgueses africanos están corrompidos y carecen de nervio político y están dispuestos a servir a los neocolonialistas. En la actual etapa, principalmente en el Africa ecuatorial, de algunas secciones de la burguesía es posible decir que están al servicio del imperialismo más bien que en alianza con él.

V. TRUKHANOVSKY: *British Labor Promises Broken*. (Rotas promesas del laborismo británico), págs. 29-36.

La política británica de la posguerra se ha basado en la «necesidad» de una íntima alianza angloamericana y de un sistema de bloques político-militares a establecer conjuntamente con los Estados Unidos para llevar a cabo con éxito la lucha contra la revolución socialista en los países del este europeo. La alianza angloamericana y los bloques militares tienen la misión de asegurar a estos dos países una posición dominante, al menos en el mundo capitalista. Pero ya a mediados de la década de 1950 eran estas esperanzas en vano. Las revoluciones socialistas y de liberación nacional hicieron fallar todos los intentos de los imperialistas por detener su desarrollo y cambiaron la faz del mundo moderno.

Pasaron diez años antes de que el laborismo volviese al poder y los principios básicos de la política británica seguían sin cambiar, a pesar de que más y más gente sentía la necesidad del cambio. La alianza angloamericana ha llevado a Inglaterra a depender en mayor medida de los Estados Unidos en lo político, económico y militar.

Al volver al poder, en el otoño de 1964, el Partido Laborista parecía capaz de dar pasos constructivos en el campo de la política exterior, justificando así las esperanzas puestas en él por los electores. Tenía, es más, todo lo necesario para ello: el apoyo popular y mano libre, pues cuando estuvo en la oposición no se vio maniatado por los actos del Gobierno conservador.

La ilustración más sorprendente de la solidaridad angloamericana en años recientes es el apoyo británico a la esquilmodora guerra del Vietnam. La complicidad no se expresa tanto en la ayuda práctica (envío de misiones militares formadas por consejeros) como en el apoyo moral y político inglés a los Estados Unidos. A no ser por el apoyo inglés, los Estados Unidos no hubieran podido escapar al aislamiento completo en el mundo y seguido ignorando los acuerdos de Ginebra de 1954, que ofrecen la base real para resolver el problema del Vietnam. Los Estados Unidos cuentan con el consentimiento y aprobación de Inglaterra para su bárbaro bombardeo de la República Democrática del Vietnam.

Inglaterra se sale del camino para crear condiciones morales y políticas para la continuación de la agresión de los Estados Unidos en el Vietnam.

El imperialismo británico ha emergido y se ha desarrollado fundamentalmente como un imperialismo colonial. Esta característica ha fijado y fija todavía la naturaleza de la política exterior británica. Los dirigentes laboristas afirman que el renunciar al imperio colonial supondría el rebajar las normas de vida de la población británica.

REVISTA DE REVISTAS

El análisis de los laboristas hecho por Lenin es digno de ser recordado aquí. Hablando en el II Congreso del Comintern, el 6 de agosto de 1920, dijo que aunque el Partido Laborista está formado «por trabajadores, está

dirigido por reaccionarios y la peor clase de reaccionarios; es más, que actúan completamente de acuerdo con el espíritu de la burguesía».

J. M